Archivo No 400 - 3-I-1906

CARTA

A LA REVERENDA MADRE PRIORA Y Comunidad del Religioso Monasterio de Santa Catalina de la Ciudad de Buenos-Ayres.

MIS amadas hijas en Jesu Christo: apenas llegó aqui el extraordinario que nos traxo la felicisima nueva de la singular y completa victoria, que ese para siempre memorable vecindario habia alcanzado contra los ingleses; se esparcio por todo este pueblo, y no tardò en llegar á mis oidos una voz vaga de que aquellos desnaturalizados guerreros habian entrado á viva fuerza en ese santo monasterio, con deseos de hacerlo el blanco de su venganza y furor.

Semejante noticia fue para mi paternal corazon un golpe muy sensible que me llenò luego de la mayor inquietud. Porque se me representó en aquel momento lo mucho que habia que temer de parte de un enemigo, que tenia todavia desembaynadas las mismas espadas, con las que dos dias antes habia degollado en las varias quintas de los contornos de esa capital tantos respetables ancianos, tantos tiernos niños, tantas mugeres indefensas; de un enemigo, que desconfiando de sus propias fuerzas, y sofocando los sentimientos de humanidad, naturales à todo hombre, pretendia abrir el paso á su meditada conquista, esparciendo aun en medio de los pacificos y silenciosos campos la desolacion y el terror, y haciendo correr por delante de sus banderas arroyos de sangre hu-

mana; de un enemigo en extremo cruel y cobarde, que viendose burlado por la vigilancia de los Generales, del Cabildo, y de los vecinos de esa fidelisima capital, y no pudiendo resistir á la valerosa è inaudita defensa que aquellos le oponian de lo alto de los balcones y azoteas, se entraba por las casas que hallaba sin defensores, buscando por todos los rincones victimas inocentes en que cebar su rabia y despecho; de un enemigo por ultimo, que no admite el freno saludable de nuestra divina religion, y se burla y hace mofa de las cosas, de las instituciones y costumbres que nosotros tenemos por mas venerables. Cada vez, pues, que me acordaba de su sacrilega irrupcion en ese religiosisimo convento, me parecia ver otros tantos lobos asaltando un escogido y sencillo rebaño, ú otros tantos gavilanes acosando una bandada de timidas y azoradas palomas; y aunque esperaba que Dios seria el escudo y la defensa de sus castas esposas, mi cariño no dexaba de sobresaltarme, teniendo grandes é irreparables desgracias.

En este amargo conflicto estuve, amadas hijas, por espacio de tres ó quatro dias, al cabo de los quales me entregaron una relacion mucho mas circunstanciada de los principales acontecimientos que sucedieron en esa capital en los tan gloriosos dias de 3, 4, 5, 6 del ultimo Julio; y me enterè por el expresado papel de como, aunque los enemigos habian efectivamente entrado en ese santuario, y saqueado y profanado su iglesia, no habian hecho ningun daño ó injuria personal á las amables y recogidisimas virgines que vivian en tan sagrado asilo: queriendo nuestro dulcisimo Salvador permitir mas bien que hollasen é hicisen pedazos las santas imagenes y los venerables vasos de su culto, que atreverse á unos cuerpos que eran templos vivos del Espiritu Santo. Y supe ademas, que mientras vosotras temblando de pies á cabeza, como era regular, le pediais con tiernos gemidos, que enviase en vuestro socorro un buen Angel, el qual os defendiese de todo insulto; un oficial ingles desembaynó repentinamen-

te la espada, y poniéndose en pie á la puerta de la sala donde el temor os habia reunido á todas; intimó en voz alta y amenazadora á sus soldados, que no permitiria que nadie pasase por aquellos umbrales que la religion, el derecho de gentes, y la humidad debian hacerles respetar como inviolables.

Yo no puedo expresaros, hijas mias, el consuelo y alegria que tuve con semejante noticia. A las impresiones del susto y congoja que habian sobrecogido mi corazon, sucedieron de improviso las dulces efusiones del júbilo y contento; de modo que teniendo à la sazon delante de los ojos una hermosisima imagen de Nra. Sra. de Guadalupe, me postré luego á sus plantas, para darle las mas humildes y sinceras gracias, de que en tiempo de tanta angustia y peligro, os hubiese abrigado y cubierto enteramente con su maternal manto, haciendo que su hijo *con el aliento de sus labios* disipase la cruda borrasca que os amenazaba, e inspirase la mansedumbre de corderos á los mismos que habian entrado poco antes con la ferocidad de unos tigres indomitos.

Yo no se, hijas mias, si la vana y loca prudencia del mundo dirá que este singular suceso es un puro efecto de la casualidad: pero vosotras que estais acostumbradas á mirar con ojos sanos la sabia y suave economia que Dios exerce en las almas de sus escogidos, no podreis menos de reconecer en todas las circunstancias de este lance su mano próvida y bienhechora; y de confesar con el mas intimo y cariñoso reconocimiento, *que el Señor es bueno para los que esperan en èl, para el alma que de veras le busca*; y que en los mayores peligros y desastres, aunque todas las criaturas nos abandonen, *es bueno esperar en silencio el socorro de Dios.*

En efecto, mientras que los soldados enemigos, llevando los vestidos, las manos y el rostro salpicados con la sangre de nuestros ciudadanos, habian traspasado el sagrado recinto de vuestra clausura; mientras en los contornos de vuestros muros no se oia sino el horrible es-

truendo de la artilleria y los alaridos y sollozos de los que daban ó recibian la muerte ; y mientras nadie podia acudir à defenderos, vosotras invocasteis, sin duda con fè viva, á vuestro divino esposo: quien como dice el profeta, os hizo ver al instante, *quan cerca està de los que le buscan, y de los que recurren á él en la amargura de su corazon.* El Oficial enemigo que con tanta intrepidez y denuedo tomò à cargo vuestra proteccion, pensó tal vez ceder unicamente á los casi irresistibles impulsos de la humanidad y de la educacion; ò quiza dexarse arrastrar de los amables consejos de la religion católica que ocultamente profesaba. Pero es muy cierto que Dios, que en aquel tan critico momento se desvelaba por vuestra salud, fue quien le inspiró este honrado y santo proyecto, mandándole que estuviese de pie firme á la puerta de vuestra sala, como puso en otro tiempo *un Querubin delante del Parayso del deleyte, con una espada que arrojaba llamas, y que andaba al rededor para guardar el camino del arbol de la vida.*

Os doy pues, hijas mias, la mas expresiva enhorabuena por un suceso no menos feliz que prodigioso ; y aunque bien conozco que iluminadas y sostenidas por la gracia de Jesu Christo, no necesitais de mis frias amonestaciones, mi cariño no me permite dexaros de hacer presente, que ahora mas que nunca estais obligadas á amar entrañablemente à vuestro divino esposo, y à deponer toda molesta é inquieta solicitud por vuestra suerte: quedandoos suavemente dormidas en sus dulces brazos, al ver *con quanto esmero cuida de que ni un solo cabello perezca de vuestras cabezas.*

Tambien, hijas mias, estais ahora mas que nunca obligadas á dirigir de continuo al Cielo vuestros ardientes votos por la felicidad de vuestra patria, que acaba de hacerse famosa en todo el mundo con la heroyca resistencia que há opuesto á los enemigos de nuestro muy amado Soberano, y de nuestra celestial religion. Porque ademas de ser esta una obligacion indispensable de todo ciudadano, lo es muy en particular de vosotras: ya porque reti-

radas en el silencio y soledad de los claustros para aplacar de continuo la divina justicia, debeis ser como los Angeles tutelares de vuestro pueblo; y ya tambien porque Dios se ha dignado oir con tanta benignidad las repetidas suplicas que en los pasados aciagos dias le habiais hecho á favor de esa misma patria, que se hallaba entonces en tan grande aprieto: pues no dudo que vuestras virginales oraciones, y las de vuestras dignas compañeras las Capuchinas han contribuido mucho para auyentar de esas costas al exercito y esquadra britanica, y añadir á las antiguas glorias de Buenos Ayres un laurel que no se marchitará jamas.

Disimulad, hijas mias, si os he molestado con tan larga carta, en la inteligencia de que el amor es quien ha dictado todas sus expresiones y palabras. Recibid tambien con la sincera voluntad que os la envio, esa corta limosna de quinientos pesos para reparar en parte los estragos que los cismaticos y hereges han causado en ese sagrado templo, en donde vosotras estais acostumbradas á entonar dia y noche como de una voz las divinas alabanzas; y recibidla como un testimonio del singularisimo afecto que os profesa un Obispo, que sin embargo de no ser vuestro prelado, os ama como si lo fuese, y deseoso de vuestro consuelo y prosperidad, os dá á todas en espiritu, y con indecible complacencia su paternal bendicion.

Plata 13 de Agosto de 1807 =Benito Maria Arzobispo= Por mandado de S. S. I. el Arzobispo mi Señor = Doctor Luis Maria Moxó Secretario.

CON LICENCIA DE LOS SUPERIORES.

BUENOS-AYRES:

En la Real Imprenta de los Niños Expósitos:
Año de 1807.

68-500
P.-Berret via Wormser
5-16-68
BA807.
M937c

3-34-CD